

Los intelectuales y el movimiento del 68

LAURA BACA OLAMENDI

Resumen

En este artículo, la autora configura una tipología del carácter histórico del papel y el sentido de ser intelectual ante la sociedad civil, política y cultural de México en este siglo. Asimismo, revisa la evolución de esta figura así como sus coincidencias y diferencias con la clase política y plantea algunas bases elementales para llegar a comprender aquellos factores que determinan la participación de los intelectuales en la vida política y cultural de la sociedad. Por otro lado, el escrito analiza la responsabilidad de los intelectuales —como transmisores y difusores de ideas— ante las condiciones sociales y políticas del 68 mexicano, así como sus diagnósticos, orientaciones disciplinarias y frentes de combate ante tan traumático acontecimiento. Por último, la autora concluye su análisis con la exposición de las actitudes y las reflexiones de los intelectuales mexicanos ante los problemas políticos actuales.

Abstract

In this article, the author configures a typology of the historic character of the role and the sense being intellectual before a civilian, political and cultural society in Mexico during this century. Also, she reviews the evolution of this character and its coincidences and differences with the political class and sets forth a few elementary basis for the understanding of the factors that determine the intellectual's participation in society's political and cultural life. Furthermore, the article also analyzes the intellectual's responsibility —as transmitters and spreaders of ideas— before the social and political conditions of the Mexican '68, as well as its diagnoses disciplinary orientations and combat fronts before such a traumatic event. Lastly, she concludes her analysis exposing the attitudes and reflections of Mexican intellectuals before today's political problems.

Los hombres de letras que han hecho los mayores servicios al pequeño número de seres pensantes dispersos en el mundo, son los literatos aislados, los verdaderos doctos, encerrados en sus estudios, que no han argumentado en las aulas de las universidades ni dicho cosas a mitad en las Academias, y éstos han sido casi todos perseguidos. Nuestra miserable especie es tan mal hecha, que aquellos que caminan por los senderos ya andados arrojan piedras siempre a quienes enseñan los nuevos caminos.

Voltaire, "Lettere, uomini di lettere o letterati",
en *Dizionario filosofico*, Turín, Einaudi, 1995, p. 282.

Historia de una función

La teoría del péndulo puede resultar muy interesante en el intento de explicar un momento de la historia política de los intelectuales en México. Esta propuesta plena de simbolismo no considera a los intelectuales como un grupo homogéneo o como una casta, sino más bien como grupos de individuos que por su comunidad de intereses intelectuales se agregan y se desagregan para participar en proyectos no sólo culturales, el que sería naturalmente su espacio, sino también de tipo político en la medida en que influyen en la arena pública a través de su función de propiciadores del consenso o del disenso. Establecer los contornos de las “tendencias culturales” de una época implica el análisis de las propuestas contenidas en cada una de ellas. Los intelectuales son aquellos sujetos que trabajan con las ideas y las ideas son muy diferentes entre sí, pueden ser de derecha, de centro o de izquierda por nombrar sólo una de las distinciones más generalizadas que se han utilizado para ubicarlos políticamente. En el caso mexicano es importante resaltar la función de los intelectuales y su relación con el movimiento de 1968. No se puede evitar un análisis comparativo entre quienes eran los intelectuales en aquel entonces y quienes los representan hoy en día. Por este motivo consideramos pertinente definir quiénes son los intelectuales, es decir, realizar algunas precisiones referidas a las distintas definiciones que se utilizan para conceptualizar el trabajo del intelectual.¹ El origen del nombre intelectual se remite al concepto *intelligenza*, que proyecta —sobre todo en la edad moderna— la imagen del crítico o del antagonista del poder. El antecedente histórico más significativo son los *philosophes* del siglo XVIII, los cuales transmitieron sus mensajes a través de la palabra escrita. No es un caso que la *Enciclopedia* surgiera en esta época. Entre la Ilustración y la revolución francesa se desarrolló una doble representación como en

¹ Existen muchas interpretaciones acerca del papel político de los intelectuales. Para referirnos solamente a algunos de los estudios sobre el siglo XX que está por concluir citamos a: Karl Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Planeta, 1992; Philippe Braud, *El jardín de las delicias democráticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993; Noam Chomsky, *Política y cultura a finales del siglo XX*, México, Planeta, 1995; François Furet, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995; Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1996.

un juego de espejos donde los intelectuales desempeñaron un papel importante. Situándose bajo el emblema y los auspicios del siglo Ilustrado, esta revolución que da origen a la democracia de los modernos se otorgaba amplios títulos de legitimidad, poniendo fin a largos siglos de tinieblas, de tiranías y de prejuicios, defendiendo para sí una tradición: la del desarrollo de las letras y la reivindicación de la libertad.

En el Siglo de las Luces se desarrolla la “laicización de la cultura” que acomuna la literatura como escritura de lo sacro y como tal sometida al control y la censura por parte de la autoridad religiosa. El siglo XVIII es la época de la crisis de los dogmas y del descrédito de las autoridades tradicionales.² Desde entonces, los intelectuales han ejercitado el poder ideológico distinguiéndose de aquellos sujetos que detentan el poder económico, basado en la riqueza, o el poder político, basado en la fuerza.³ La gama de definiciones existentes es muy amplia: desde aquellas que contraponen el trabajo intelectual al trabajo manual, hasta aquellas que lo circunscriben sólo a los grandes pensadores quienes son considerados por la universalidad de sus ideas los únicos y verdaderos intelectuales. En el léxico común el término “intelectual” es usado normalmente en el sentido de hombre culto, sin embargo, ya desde el siglo XVIII se comenzó a discutir sobre las dimensiones históricas del hombre de cultura. En la actualidad los intelectuales pueden ser definidos como una categoría compuesta por sujetos que viven de su actividad no manual, ya sea de manera dependiente o independiente, pero que poseen un alto nivel de educación y de cultura, de capacidad artística y literaria, pero también de especialización técnica. No debemos olvidar que en nuestros días también se entiende por intelectual a los escritores, los pensadores, los académicos y los científicos comprometidos con una determinada causa que puede ser personal o colectiva. En este ensayo utilizaremos una “acepción intermedia” que se refiere a la definición que los relaciona con su función de *men of ideas* lo que significa que el intelectual es sobre todo un trasmisor y un difusor de ideas.⁴ De acuerdo con Norberto Bobbio este enfoque trata de

² Paolo Alatri, *Il principe e il filosofo*, Nápoles, Guida, 1988, p. 5.

³ Norberto Bobbio, *Stato, governo e società*, Turín, Einaudi, 1985, p. 39.

⁴ A. Coser Lewis, *El hombre de ideas*, México, FCE, 1968.

entender qué cosa hacen los creadores y portadores de las distintas visiones del mundo. Utilizar una acepción intermedia implica un uso neutral del término y permite eliminar los diferentes juicios de valor tan comunes cuando se analiza a los intelectuales. La acepción intermedia se ocupa especialmente de la influencia de las ideas en la sociedad o en su caso, de la falta de incidencia de las mismas. Lo importante es, en esta perspectiva, que los intelectuales pueden ejercitar en la sociedad una determinada función asociada con su pertenencia a un grupo o una clase. Sin embargo, más importante que el lugar que ocupan en la sociedad, lo que debemos resaltar es *la función o el rol* que los intelectuales ejercitan y, de manera especial, la importancia de su influencia política. Desde los intelectuales del antiguo Egipto, pasando por los mandarines chinos y los sofistas griegos hasta nuestros días, los hombres de cultura han expresado roles muy diferentes entre sí a través de distintas figuras históricas.⁵

Norberto Bobbio formula una interpretación muy sugerente para tratar de explicar la relación de la cultura y la política partiendo de la posición que los intelectuales adoptan respecto al poder. Tal interpretación considera dos puntos de referencia: el primero intenta responder acerca de cuál es la concepción que tienen estos personajes de la cultura y, a partir de ello, precisar cuál es el tipo de relación que establecen con el poder. Estos puntos de referencia son muy útiles porque nos permiten conformar un mapa relativo a las distintas posiciones que los hombres de cultura pueden adoptar en relación con la política. Para Edward W. Said: “no existen reglas en las cuales los intelectuales puedan inspirarse para saber qué cosa deben hacer, el intelectual auténticamente laico no tiene dioses que venerar”.⁶ De este modo no existe ni un sistema ni un método suficientemente amplio para responder a la pregunta acerca de cuáles son las razones que inducen a los intelectuales a incursionar en la esfera pública. Existen intelectuales cuya tarea es aquella de combatir al poder constituido y por lo tanto, parten de un juicio de valor negativo respecto del poder. Del mismo modo como es posible identificar otro tipo de intelectuales que parten de un juicio opuesto, al considerar que el poder constituido es un mal menor respecto a la disolución del poder

⁵ Norberto Bobbio *et al.*, *Dizionario di Politica*, Turín, UTET, 1990, pp. 526-527.

⁶ Edward Said W., *Dire la verità*, Milán, Feltrinelli, 1994, p. 13.

y por lo tanto, sostienen que el deber del intelectual es exactamente el opuesto, en otras palabras: es el de “defender las razones del poder”. Al respecto, el filósofo turinés nos recuerda que si tratamos de responder la pregunta relativa a ¿cuál es el deber del intelectual en la sociedad? entonces, debemos evitar cualquier tipo de respuesta de carácter perentorio. Más bien considera necesario tener presente que:

depende del juicio que se da sobre el poder, sobre las varias formas de poder y de sus consecuencias, buenas o malas, sobre la necesidad del poder o del contrapoder, o sobre la necesidad que no exista ni poder, ni contrapoder. Un juicio que puede, entre otras cosas, cambiar según los tiempos y las circunstancias. Sucede que los negadores del poder se convierten en actores del poder cuando éste ha cambiado de signo. Asimismo sucede que los apasionados del compromiso se convierten en apasionados persuasores del no compromiso cuando se dan cuenta que el objeto de sus aspiraciones no corresponde más a sus ideales”.⁷

Por lo tanto, los intelectuales tienen el derecho a manifestar tanto su consenso como su disenso frente al poder dependiendo del período histórico y no existen respuestas unívocas acerca de la función de los intelectuales. Es necesario tener presente que cuando se caracteriza la función de los intelectuales se debe distinguir en su especificidad y diferencia de la función de los políticos. Entre los roles del político y del intelectual existe una diferencia de fondo.⁸ Un aspecto que conviene destacar es que la función de los intelectuales no debe ser considerada meta-histórica sino que nace y se desarrolla en un contexto histórico determinado y dado que no existe una única respuesta al problema de la función de los intelectuales en la sociedad, es posible plantearse el siguiente interrogante bobbio: ¿cuál

⁷ Norberto Bobbio, “Quali intellettuali e per quale politica”, en *Avanti*, año LXXXIII, núm. 35, 11-12 febrero 1979, p. 9.

⁸ Max Weber considera que a los políticos corresponde principalmente la ética de la intención mientras que a los intelectuales la ética de la responsabilidad: véase Laura Baca Olamendi, “Ética de la responsabilidad”, en *Revista Mexicana de Sociología*, año LVIII, núm. 4, 1996, pp. 37-50.

intelectual para cuál política? Más adelante intentaremos dar respuesta a esta pregunta cuando analicemos a los intelectuales mexicanos a través de una periodización histórica en donde encontraremos diferentes interpretaciones acerca de cuál fue la situación política de los intelectuales durante el movimiento de 1968 y cuál es la línea de continuidad que es posible establecer con el final de los años noventa. En general existe consenso acerca de que la participación política de los intelectuales en el movimiento estudiantil fue producto de la secularización y de la urbanización de los sectores medios que no estaban incluidos en el tradicional corporativismo.⁹ A diferencia de hace treinta años, en el momento actual es posible identificar intelectuales que consideran el ejercicio de la política como el mejor de los posibles y en consecuencia sostienen que el desarrollo del espíritu crítico en el ámbito de la cultura se ha visto favorecido por las transformaciones que la sociedad mexicana ha experimentado a partir del movimiento de 1968. Otros intelectuales, en cambio, consideran insuficiente el modelo vigente de la política y, por lo tanto, afirman que la cultura ha resentido de un ambiente poco propicio para reivindicar un ejercicio pleno de la crítica libre y tolerante. Esta contraposición manifiesta de manera clara la relación que los hombres de cultura pueden establecer con el poder político. Mientras unos intelectuales apoyan la razones del poder político creando consenso, contemporáneamente, otros lo combaten creando disenso. Independientemente de lo anterior las diferentes interpretaciones existentes acerca del mundo de los hombres de cultura dejan claro que los intelectuales tienen una precisa función y una responsabilidad en relación con la colectividad.

El papel del intelectual tiene un carácter político, y dado que refleja de una u otra manera los símbolos y las ideas de su tiempo, no puede ser neutro. A pesar de las diferentes intersecciones que es posible realizar, durante el movimiento de 1968 los intelectuales podían distinguirse en el campo empírico entre técnicos y expertos; en el campo de la política entre comprometidos y apolíticos; en el de la religión entre creyentes y laicos; en el campo ideológico y normativo entre reformistas y revolucionarios. Son muchas las dimensiones a

⁹ Carlos Monsiváis, "Memorias del 68", publicadas semanalmente durante 1998 en *Etcétera*. Dichas memorias hacen un recuento ilustrativo del contexto político-cultural de aquellos años.

través de las cuales se puede estudiar el universo que circunda a los hombres de cultura. Pero ¿cuáles serían las características fundamentales que permiten distinguirlos en el México contemporáneo? Hemos sostenido que el intelectual puede ser tanto un promotor del consenso como del disenso y por lo tanto debe ser responsable de aquello que piensa y escribe. En la actualidad el intelectual es representado en modo principal, aunque no único, por el escritor, el difusor, el “creador de opinión” o el autor de libros que a través de la difusión de ideas estimula la formación de la opinión pública. El intelectual expresa el sistema de valores en el que está inserto su pensamiento el cual se modifica cuando las circunstancias históricas lo requieren. La función política de los hombres de cultura está determinada por la actitud de los intelectuales frente a los problemas de su tiempo. Acerca de su función política una pregunta que surge recurrentemente es si su colocación es *ex parte populi* o *ex parte principii*. Resulta importante clarificar el juicio que poseen sobre el poder político —ya sea éste un poder constituido o un poder constituyente— tal y como sucedió en México durante 1968. Debemos enfatizar que cualquier tipología que se utilice para estudiar a los intelectuales posee un carácter histórico y que cada punto de vista puede cambiar según los tiempos y las circunstancias. En este sentido no existe una única concepción y esto hace que el campo de estudio de los intelectuales mexicanos sea muy variado y multiverso.

A continuación intentaremos caracterizar algunas de las grandes tendencias intelectuales que han identificado a los hombres de cultura durante los últimos años del siglo xx en México. La propuesta del péndulo ayudará a analizar las consecuencias y los efectos políticos que causó el movimiento de 1968 al interior del régimen político mexicano y cómo este evento rompió muchas de las barreras a la participación política de los intelectuales. En este análisis no debemos generalizar: no todos los intelectuales se han comportado de la misma forma, de ahí la variedad de figuras que podemos identificar. Encontraremos ejemplos en donde existen hombres de cultura que han guardado siempre una distancia crítica respecto al poder político manteniendo inalterada su posición a lo largo del tiempo y comprobaremos la existencia de otros momentos históricos en donde surgieron coincidencias entre lo que piensan los intelectuales y lo que hacen los políticos. En nuestro país estas ten-

dencias intelectuales han sufrido diversos procesos de acercamiento y distanciamiento, a veces en grupo, a veces individualmente. En 1968, la política y la cultura caminaron por senderos distintos sin encontrar puntos de acuerdo ya que ambas mantenían posiciones distintas e incluso antagónicas.¹⁰ El caso del movimiento de 1968 implicó una ruptura entre dos visiones de la forma de hacer política en México. En términos generales, podemos decir que estas dos grandes concepciones sobre la relación entre los intelectuales y el poder parten ya sea del principio consensual o el principio de la ruptura y del disenso. Nuestro principal interés es evidenciar cómo los intelectuales han pasado de procesos de inclusión a procesos de exclusión de acuerdo con las diferentes circunstancias históricas. Reflexionar a una distancia de treinta años sobre el movimiento estudiantil de 1968 resulta interesante para evaluar, en primer lugar, por qué se rompió la alianza entre los intelectuales y el poder en aquel momento histórico y cómo después se fueron abriendo espacios de participación política que permitieron a diferentes grupos de intelectuales insertarse en el proceso de toma de decisiones políticamente significativas. Esto no es una novedad y no es una práctica exclusiva de México. En otros países también se han dado ejemplos en los cuales algunos intelectuales han pasado de la oposición al poder. Recordemos al presidente de la República Checa Václav Havel o a Massimo D'Alema líder de los Democráticos de Izquierda actualmente en el poder en Italia. Ambos casos muestran cómo cambia el comportamiento de los intelectuales cuando el poder político se transforma. En la mayor parte de los casos, salvo algunas excepciones, este fenómeno de re-posicionamiento se verifica cuando el poder ha sido constituido de manera democrática. En los siguientes apartados intentaremos seguir la "línea de continuidad" entre lo que puede denominarse los antecedentes del 1968 y lo que pasó con las relaciones entre la cultura y la política durante los últimos años en México.

¹⁰ La renuncia de Octavio Paz en 1968, quien al momento era embajador en la India, fue una muestra clara de cómo un intelectual puede cambiar de actitud política repentinamente cuando considera que el poder cambia de signo. En este caso, cuando se viola el ejercicio de las prácticas democráticas y se responde con la represión que es una medida política típica del autoritarismo.

Roles históricos de los intelectuales mexicanos

Si tomamos como punto de partida los inicios del siglo xx en México nos encontraremos con la interesante formación de los científicos, grupo intelectual proclive al consenso que apoyó ideológicamente al régimen de Porfirio Díaz, hasta llegar a los intelectuales revolucionarios que participaron en la guerra civil que buscaba fracturar el viejo orden político. De manera sintética podemos afirmar que los grupos vencedores de ese movimiento social incorporaron a los intelectuales en el diseño y concepción de un nuevo proyecto de nación. Durante la etapa posrevolucionaria el péndulo generará un proceso incluyente y los intelectuales serán los encargados de reforzar la identidad nacional colectiva necesaria en la construcción de las instituciones. Este periodo que comienza alrededor de los años veinte y culmina al inicio de los cuarenta produce una convergencia entre los intelectuales, incluso entre hombres de ideas que defendían ideologías tan diferentes a la revolucionaria como José Vasconcelos y su idea liberal de la cultura o los comunistas Diego Rivera y Frida Kahlo quienes se dieron a la tarea de incorporar a su obra intelectual los valores del nacionalismo y del socialismo. De esta manera resulta evidente la importancia de los intelectuales en la construcción de una sociedad que se consideraba heredera de un gran movimiento social de carácter revolucionario. El periodo cardenista es el más significativo ya que en ese entonces existía una afinidad de intereses entre quienes detentaban el poder político y quienes interpretaban la realidad. La irrupción de las masas en la política inspiró la creación intelectual identificando a la nación con el Estado y produciendo un todo único y orgánico en el cual México podría, finalmente, hacer realidad las libertades y derechos sociales largamente postergados. La década de los cincuenta y el "milagro económico mexicano" permitieron una relación de mutuo beneficio entre los intelectuales y los políticos. Los primeros consolidaban a las universidades mientras que los segundos proseguían con la modernización e industrialización del país. En este periodo el proceso de secularización se aceleró: las universidades abrieron sus puertas a amplios sectores de la población, las ciudades y centros urbanos concentraban los principales flujos migratorios de las zonas rurales y nuevas formas y estilos de vida anunciaban los tiempos por venir. 1968 marca la primera

inversión de ruta en el proceso de inclusión, se pasó de la crítica al antagonismo y este movimiento social representó, entre otras cosas, una de las rupturas más significativas entre los intelectuales y el Estado. En este particular contexto histórico las propuestas de ambos actores se convierten en antagónicas y la represión al movimiento marcó un acto de brutalidad que sancionó definitivamente la ruptura de esta vieja alianza. Habrían de transcurrir varios años antes de que algunos intelectuales se reincorporaran de manera decisiva en el proceso político. Diversos grupos de intelectuales transitaron paulatinamente desde un proceso de exclusión a uno de inclusión en las instituciones principalmente a fines de los años ochenta y principios de los noventa. El movimiento estudiantil de 1968 se había presentado como una circunstancia histórica en la cual la cultura ostentaba una visión mayor que la política representando el dilema entre los medios y los fines.¹¹ En aquella época los estudiantes junto con los intelectuales, es decir, los profesores, los investigadores y los científicos, se hicieron portavoces de la carencia de una serie de libertades y de limitaciones al acceso a la participación política real y efectiva que el estrecho sistema político mexicano ya no podía ofrecer.

Algunas preguntas que deben formularse son: ¿qué función desempeñaron los intelectuales durante el movimiento de 1968 y cuál rol desempeñan en los últimos años?, ¿existe una línea de continuidad entre unos y otros?, ¿cuál es el diagnóstico que sobre la situación política nos ofrece la comunidad de los hombres de cultura en los años noventa? Podemos afirmar que la consecuencia inmediata del movimiento del 1968 es la liberación política que inicia a finales de los años setenta y que permite a los intelectuales incorporarse en los diferentes partidos o dentro de sus propios grupos culturales, tratando de promover soluciones para la participación en la distribución del poder político. Algunos intelectuales continuarán en el sendero de la crítica y no participarán en la esfera pública manteniéndose en el ámbito cultural. Otros grupos, en cambio, encabezarán la formación de organizaciones partidistas que a finales de los noventa han ampliado su influencia política a través de las elecciones. Realizando

¹¹ El ingeniero Javier Barros Sierra, Rector de la UNAM puede ser considerado como uno de los grandes mediadores democráticos durante el movimiento: *Cfr.* García Cantú, Gastón, *Javier Barros Sierra 1968. Conversaciones*, México, Siglo XXI Editores, 1972.

un análisis retrospectivo, 1968 representa un evento histórico que rompió muchas de las barreras tradicionales del sistema político. Hoy en día sus consecuencias están a la vista de todos los ciudadanos. En nuestro tránsito hacia la democracia se han abierto espacios de participación concretándose los frutos del amplio movimiento político y social que representó. Esto demuestra la importancia que han tenido los intelectuales en la formación de una opinión pública más crítica y participativa permitiendo la transformación de la fisonomía de nuestro sistema político. Analicemos esta nueva situación a través de los mismos intelectuales quienes pueden ser considerados los “hijos culturales” de aquel movimiento cuyas repercusiones llegan hasta nuestros días.

Los intelectuales: de las calles al poder

El ocaso del siglo XX representa un momento significativo para realizar un ejercicio de comparación histórica. Para tal fin en este apartado presentaremos un “diálogo imaginario” entre diversas interpretaciones sobre el modo como los intelectuales que, de una u otra forma, vivieron el movimiento del 68 hoy representan voces significativas en la opinión pública. Desde el final de la década de los ochenta, pero sobre todo en la década de los noventa, algunos grupos de intelectuales que tradicionalmente estuvieron en la oposición, tanto de derecha, como de izquierda, se han incorporado dentro del sistema político mexicano. La existencia de una pluralidad de puntos de vista que caracterizan el universo de los intelectuales en nuestro país es un dato de hecho. Por lo tanto intentaremos ilustrar algunas de las posiciones políticas que identificaron a los intelectuales durante los últimos años. Presentaremos un panorama sobre los distintos puntos de vista que permiten evaluar la relación entre los intelectuales y el poder. La década de los años noventa puede ser interpretada como el fin de una época histórica: la entrada al TLC presentaba para México un futuro promisorio. La emergencia de nuevos actores como el EZLN, sucesos inesperados como la muerte de Colosio y los problemas económicos y financieros son sólo algunos de los hechos que debemos tomar en cuenta en el análisis

de la década de los noventa. Respecto a estos últimos años, debemos afirmar que los intelectuales han sido sometidos a la crítica enfatizando su incapacidad para preveer el nuevo contexto histórico. En efecto, la falta de respuesta a los grandes problemas y desafíos no sólo hace evidente la incapacidad del intelectual para preveer los sucesos recientes sino que también presagian la desaparición de un tipo de intelectual. Este fenómeno que ha sido denominado el “eclipse del intelectual” incapaz de explicar los nuevos tiempos no es privativo de México.¹² Los intelectuales deben analizar las posibilidades que existen, dada la complejidad de la situación para ejercer su trabajo de crítica en un momento como el actual en donde el cambio y las polarizaciones políticas y culturales representan una característica de la sociedad secularizada, pluralista y heterogénea que se observa en nuestro país. En esta perspectiva, Héctor Aguilar Camín ha denunciado la evidente incapacidad de los intelectuales para comunicar, y es por este motivo que sostiene que:

“La República intelectual” desapareció como tal en el año de los grandes sacudimientos que fue 1994. Quedaron algunas personas, algunos análisis, algunos momentos de lucidez. Pero este acompañamiento inteligente, perceptivo de una comunidad intelectual sobre su vida pública me parece que quedó desvanecido. El papel del análisis público pasó de la comunidad intelectual a esa especie de intelectual colectivo que es la prensa escrita”.¹³

El eclipse del intelectual mexicano es abordado desde otra perspectiva por autores como Roger Bartra quien considera que el fenómeno de la relación intelectual-política puede ser analizado resaltando el hecho de que a mediados de los noventa

se aceleró el proceso de desintegración del intelectual público tradicional. Esto afectó directamente a los conglomerados inte-

¹² Autores como Bernard-Henry Levy han interpretado este silencio de los intelectuales como un signo innegable de su fracaso y de su desvanecimiento si no es que, incluso, de su desaparición: véase *Las aventuras de la libertad*, Barcelona, Anagrama, 1992.

¹³ Héctor Aguilar Camín, “No lincharé a Salinas”, en *Reforma*, lunes 16 de enero de 1995, p. 6A.

lectuales tradicionales y a sus formas de agrupación. Las llamadas “mafias intelectuales” se vieron seriamente afectadas por este proceso de fragmentación, de desintegración. Vieron cómo sus territorios eran minados, cómo aparecían nuevos procesos, que había nuevas formas de cultura a las que ellos estaban acostumbrados. Intelectuales muy hábiles para las batallas provincianas, de capillas, se veían completamente desarmados ante un proceso de globalización. El hecho es que las formas tradicionales de la intelectualidad se estaban desintegrando. Eso creó una sensación muy grande de desamparo. A ese momento habría que sumarle la crisis tan profunda de las ideas que se dio con el hundimiento del mundo socialista y la caída del muro de Berlín. En ese momento el gobierno les tendió una mano, les ofreció un refugio y muchos cayeron en la tentación. Era mejor estar en un cómodo refugio, protegidos por la sombra estatal, que estar en la intemperie de la crisis intelectual.¹⁴

Existe otro punto de vista que complejiza aún más la situación del intelectual mexicano que pone el énfasis en su incapacidad para prever y en su escasa visión. Una explicación importante de este declive estaría en su “renuncia” a pensar críticamente por efecto de su cercanía con el poder político. No debemos olvidar que este poder tiene una lógica y un método de acción muy diferente a la lógica y al método de la cultura. Desde esta perspectiva podemos recordar a quienes criticaron fuertemente a los intelectuales por esta incapacidad. Carlos Monsiváis sostiene que tanto la izquierda como la derecha intelectual fallaron:

estoy generalizando, pero en tanto movimientos de pensamiento, de juicio que genera opinión, fallaron. No estuvimos a la altura de las circunstancias [...] porque el triunfalismo era tal que no dejaba espacio acústico para las demandas de la oposición y porque las mismas tradiciones de la izquierda y de la derecha han sido tan profesionalmente contestatarias que no

¹⁴ Roger Bartra, “Los montes parieron a un ratoncito”, en *Reforma*, martes 17 de enero 1995, p. 6A.

se han preocupado por el pensamiento que podríamos llamar de largo plazo.¹⁵

Esta visión autocrítica sobre el desempeño intelectual en los últimos años, parte del reconocimiento del necesario disenso que debe caracterizar a la sociedad democrática. En este sentido, el disenso no representa un puro y simple movimiento de oposición en relación con el poder absoluto, sino más bien la voluntad de oponer una visión pluralística a las posibles concepciones autocráticas existentes en el campo de la política y de la cultura. Los hombres de cultura deben ser concebidos, en principio, como un conglomerado compuesto por las distintas partes de un todo y por lo tanto, los intelectuales —de acuerdo con otro exponente de la comunidad intelectual mexicana como Enrique Krauze— no constituyen en ningún modo una comunidad:

un grupo uniforme y compacto y que en consecuencia es necesario distinguirlos en clases o grupos resaltando para cada uno de ellos, la existencia de una particular responsabilidad social. De este modo en México no puede hablarse de los intelectuales como una categoría homogénea. Para efectos prácticos quizá quepa distinguir tres clases: los intelectuales orgánicos del sistema, los partidistas y los escritores independientes. El desempeño de los primeros fue ineficaz para los fines de legitimación que se propusieron [ya que] no se puede replicar y andar en la procesión. [Los partidistas] derivaron su frustración por la caída del comunismo y el agravio proveniente de las elecciones del 88 hacia una crítica sin matices al salinismo [mientras que los escritores independientes] aprobaron de manera razonada algunas facetas de la reforma económica de Salinas y difirieron de otras.¹⁶

¹⁵ Carlos Monsiváis, "Llorar, será perder el tiempo", en *Reforma*, lunes 23 de enero 1995, p. 6A.

¹⁶ Es así que los intelectuales "señalaron semana tras semana a lo largo del sexenio, el modo en que Salinas bordeaba el precipicio al no promover una auténtica reforma, la primera desde 1929": véase Enrique Krauze, "Grandes reformas, grandes errores", en *Reforma*, viernes 20 de enero 1995, p. 6A.

En relación con el diagnóstico ofrecido sobre el papel desempeñado por algunos intelectuales mexicanos Krauze propone una visión crítica al sostener que

pasaron muchas cosas: demasiada dependencia económica del Estado, demasiado cinismo respecto a esa dependencia, demasiado resentimiento político, demasiada proclividad ideológica, falta de autocrítica, falta de lecturas, falta de objetividad, falta de generosidad.¹⁷

Es posible observar que durante los últimos años los intelectuales han jugado en la teoría del péndulo lo que podríamos denominar el fiel de la balanza, es decir, un punto de equilibrio inestable entre el consenso y el disenso, ambos componentes fundamentales en la construcción de una sociedad democrática. En esta lógica también podríamos incorporar a aquellos pensadores que

defendieron la “posición del compromiso”, la cual es de alguna forma considerada como una posible alternativa a lo que se podría denominar la “indiferencia del disenso”. Esto se demuestra claramente en el momento en que Jorge Castañeda afirma que los intelectuales deben estar comprometidos con causas ¡las que sean! cada quien las suyas. Nunca he suscrito la idea del intelectual neutro. Además durante el salinismo las cosas se llegaron a polarizar tanto que era muy difícil mantener compromisos con ideas o causas sin que se reflejaran en la toma de posición a favor o en contra del gobierno. Fue mi caso.¹⁸

Por otra parte, en este análisis a varias voces no faltaron quienes se remontaron a la historia nacional para tratar de encontrar respuestas a los problemas de hoy. En este sentido resulta interesante la tesis de quienes sostienen que el análisis de la realidad mexicana está muy por debajo de lo que debería ser aun con las enormes conquistas de espacios de libertad de expresión

¹⁷ *Idem.*

¹⁸ Jorge Castañeda, “¿Esperaban peras del olmo?”, en *Reforma*, domingo 22 de enero 1995, p. 6A.

que como islas han aparecido en los últimos años, es claro, que el análisis económico, cultural, social y político dejó mucho que desear. Pero lo que sin lugar a dudas resulta alentador, es la presencia de voces que señalaron las profundas desviaciones y alertaron a la opinión nacional sobre los daños que se causarían a la República de proseguir esas políticas.

Esta posición que coloca en primer plano la actitud disidente e irreconciliable de frente al poder nos permite cerrar el círculo del análisis, si la confrontamos con aquellas interpretaciones que sostienen una actitud consensual de frente al poder. Es aquí que vienen al caso aquellas posiciones que reflejan una modalidad de concebirse intelectual de frente al poder político a mediados de los años noventa. Para Rolando Cordera: “había una especie de acuerdo en que ‘éste es el rumbo’: de apertura política más rápida y consistente; integración a las corrientes mundiales; reducción y, de ser posible, eliminación de la estatolatría”.¹⁹ Es así que se llegó a la conclusión —estableciendo un nexo entre política y cultura— que “la intelectualidad, periodistas, profesionistas, escritores de todo tipo vivimos, en diferentes niveles, lo que llamo la ‘sociedad consentida’. Niveles de ingresos más o menos, pero ahí iban. En el salinismo se dijo lo que se quiso, incluso estruendosamente y sin mayor preocupación por probar mucho de lo que se dijo”.²⁰ Encontramos en esta lógica una posición consensual que reflejaba la “salud política” de la democracia en el México de aquellos años. Otros hombres de cultura han sostenido que el problema de la construcción de un proyecto para el siglo XXI es de amplias dimensiones por los ajustes forzosos en la política y en cuanto crisis moral:

por un lado, es una contradicción muy fuerte al interior del sistema, una pelea entre diferentes grupos. Pero paralelamente podemos hablar de una crisis moral, o si se quiere de la cultura política. Es decir, los mecanismos más sofisticados y profundos de legitimación política están completamente estropeados. Es

¹⁹ Rolando Cordera, “Fuimos la sociedad consentida”, en *Reforma*, sábado 21 de enero 1995, p. 6A.

²⁰ *Idem.*

posible que esa dimensión moral sea la responsable de que la crisis se haya alargado tanto.²¹

En esta línea de reflexiones no faltaron autores para quienes:

el reto que impone la complejidad social de México evita que se vuelva a las simplonerías de la modernidad y del nacionalismo revolucionario. Creo que las fórmulas anteriores están, en lo básico, agotadas. En segundo lugar, porque siento que cada quien sabe que la globalización continuará, ya que estamos internacionalizados y la manera en que nos concibamos y nos ubiquemos en el mundo, tiene que ver con nuestra capacidad crítica y con la conversión de la memoria histórica en prácticas democráticas. Y en tercer lugar, porque resulta estimulante, en el análisis intelectual, el panorama de una sociedad que se derrumba sin haber estado nunca en la cumbre y que busca ahora, ante todo, aclararse el sentido de la actividad pública y de la sobrevivencia individual.²²

Si realizamos un análisis comparativo, sobre algunos intelectuales que participaron en el movimiento del 68, encontramos que treinta años después forman parte de la clase política de nuestros días. Estos grupos intelectuales han pasado por diferentes circunstancias históricas, cambiando su concepción del poder y de la política y por lo tanto transitaron desde posiciones críticas y opositoras hasta incorporarse en la conducción política del país. Dentro de estas tendencias culturales del México de los noventa encontramos una pluralidad de enfoques y posiciones. Destacados intelectuales de 1968 se encuentran en 1998 en puestos importantes de la administración pública con la característica de que todos han tenido trayectorias de distinto signo ideológico. La relación intelectual-poder político ha cambiado de forma, de función y de importancia en el delineamiento de un proyecto democrático para el final del siglo. A los intelectuales corresponde la tarea de diseñar sociedades libres y a los políticos de concretar de manera eficaz el proyecto de nación que proponen. La

²¹ Roger Bartra, "Los montes parieron a un ratoncito", *op. cit.*

²² Carlos Monsiváis, "Llorar, será perder el tiempo", *op. cit.*

existencia de intelectuales que han mantenido su independencia en relación con el poder muestra que existe un pluralismo de grupos producido de alguna u otra forma por el movimiento de 1968. De esta manera cada grupo intelectual fue construyendo su propia identidad y se incorporó o se marginó del sistema político. Algunos encontraron refugio en la universidad y en los centros culturales y otros directamente en los partidos o en las instituciones. El proceso electoral de julio de 1997 que llevó a la izquierda al gobierno de la ciudad de México representó otro momento de fuerte inclusión. Los desafíos para estas nuevas élites culturales son muy importantes ya que sus posibles escenarios de acción deberán estar enmarcados dentro de los conceptos: democracia, tolerancia, diálogo, pluralismo y diferencia. Sólo así las demandas por las que lucharon los intelectuales en el 68 se verán concretadas en una sociedad más justa, más democrática y más civil. De ahí la reiteración a la ética de la responsabilidad de la cual hablaba Max Weber. Si bien la discusión acerca de la relación entre “poder ideológico-poder político” ha sido ampliamente discutida y documentada, a lo largo de los últimos años, resulta fundamental reconocer que, en el nuevo contexto abierto por la transición mexicana, han aparecido otros ejes y temáticas en la reflexión que tiene que ver con el problema de la responsabilidad civil de los intelectuales en la democracia, es decir, con la función “de los ideólogos y de los expertos competentes” en la gestión eficaz y eficiente de los asuntos públicos. La nueva relación que los intelectuales han establecido con la política ya no está determinada por una tensión ideológica y política de carácter bipolar. Entre los intelectuales mexicanos podemos encontrar diversas posturas: desde aquellos intelectuales que han sido denominados proclives al consenso, hasta aquellos que se mantienen en una actitud de crítica frente al poder. Esta heterogeneidad nos permite evocar un *continuum imaginario* que se encuentra integrado por una serie de pensadores que ejercen muy diversas actividades de tipo político-cultural. Resulta posible armar un rompecabezas de la *inteligencia* mexicana sobre las diferentes representaciones que nos ofrecen en relación con su comportamiento político. En efecto, durante los diferentes contextos históricos ellos mismos se presentaron ya sea como observadores comprometidos o como testigos indiferentes ante los llamados del poder, pero también como firmes participantes de los movimien-

tos colectivos. 1968 fue un año singular en lo que se refiere a la participación política de los intelectuales quienes salieron a la luz pública contraponiéndose a la política oficial y anunciando un disenso al interior del orden posrevolucionario. Además de la secularización, otro de los resultados directos que arrojó el movimiento del 68 fue la liberación política. México entró en 1994 y hasta nuestros días en un proceso de crisis política, económica, social y cultural. Con la aparición del EZLN se modificó el escenario político tradicional porque surgieron nuevos interlocutores y porque también en este momento los intelectuales ofrecieron sus puntos de vista. Muchos intelectuales críticos del poder redescubrieron una nueva causa política y se solidarizaron con la causa zapatista. Finalmente aparecía la primera revolución poscomunista y con ella una causa por la cual "valía la pena" luchar en la política. Este fenómeno ofrece un horizonte diverso. Dentro de este mosaico existen diferentes matices y tonalidades que van desde aquellos intelectuales que de alguna manera sostienen que el camino seguido hasta este momento era esencialmente correcto y que por lo tanto, los desequilibrios políticos provenían más bien de la incapacidad de resolver una situación anómala, pero que con los debidos ajustes permitiría continuar con el camino trazado. Otros intelectuales consideran que nos encontramos al final de lo viejo y al inicio de lo nuevo y plantean como una necesidad el redoblar los esfuerzos de análisis para encauzar este proceso que algunos estudiosos han denominado de "reconstrucción nacional". Es así que el análisis presenta dos posiciones, por un lado, quienes piensan que el esquema está fundamentalmente bien, pero que se cometieron errores corregibles y, por el otro, quienes piensan que si bien es imposible y absurdo volver al esquema anterior, tampoco este modelo es correcto. A pesar del análisis diferenciado que prevaleció en la comunidad intelectual sobre la situación política mexicana de los últimos años existen algunos puntos de acuerdo. El tipo de política a la que se refiere cada uno de los intelectuales se diferencia por expresar diversos matices. Cada intelectual concibe la política de una manera diferente, proponiendo diversas soluciones frente a la misma. En esta serie de interpretaciones pudimos comprobar el hecho de que estos criterios pueden ser vigentes para la situación mexicana y es necesario realizar un balance colectivo acerca de la actuación de los intelectuales mexicanos

durante los últimos años. Encontramos entre los diferentes puntos de vista formas de expresión de consenso y de disenso, algunas de carácter moderado, otras de carácter extremo. La disparidad puede ser vista también como un elemento positivo para la construcción de una sociedad democrática. Sólo a través del diálogo y la confrontación respetuosa entre las distintas posiciones podremos lograr una sociedad verdaderamente pluralista. Finalmente queremos acotar que el presagio de extinción no es aún inminente, o por lo menos no lo es para un determinado tipo de intelectuales. La función de estos “trasmisores de ideas” resulta vital para la discusión de las diferentes perspectivas en política. Es necesario un coloquio continuo e intenso entre los diferentes grupos de intelectuales ya que el diálogo se orienta a nulificar el monolitismo propio de las sociedades no democráticas para que los intelectuales puedan defender su diferencia. El grado de convivencia respetuosa permite palpar el “estado anímico” de una de las comunidades de la sociedad civil mexicana, que es justamente aquella de los “portavoces de la razón”. Por este motivo, los intelectuales representan un sector insustituible de las democracias.